

Santo Tomás de Villanueva «Tratado sobre el amor de Dios»¹

RESUMEN

El “Tratado sobre el amor de Dios” de santo Tomás de Villanueva ha llegado hasta nosotros bajo dos formas, como un tratado escrito en castellano y como tres sermones escritos en latín. Es un comentario al mandamiento : “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda mente” (Mt 22, 37). Consta de una Introducción donde expone la dificultad de hablar sobre el amor de Dios. Solo puede hablar del amor de Dios aquel que lo vive. La primera parte desarrolla el tema : “Amarás al Señor tu Dios”. Se pregunta : ¿Es necesario este mandamiento? ¿Se puede mandar el amor? ¿Qué sentido tiene? La segunda parte desarrolla : “Con todo tu corazón, con toda tu alma , con toda tu mente” . Expone la medida del amor. Este tratado es una síntesis de todo el pensamiento de Santo Tomás de Villanueva y el fundamento de su vida.

PALABRAS CLAVE: Amor. Mandamiento del amor. Medida del amor. Primado de la caridad.

ABSTRACT

The treatise of the love of God of saint Thomas de Villanueva has come down to us under two forms, as a written treatise in Spanish and three written sermons in latin. It's a commentary on the commandment: "You shall love the Lord your God with all your heart, with all your soul, and with all your mind" (Mtt. 22, 37). It has an introduction where it shows the difficulty of speaking about the love of God. Only he who lives the love of God can speak about it. The first part develops the theme: "You shall love the Lord your God". It asks: "Is this commandment necessary?"

¹ Todas las citas de las obras de Santo Tomás de Villanueva están tomadas de la edición crítica dirigida por el P. Laureano Manrique y publicada por la Editorial Católica, BAC, Madrid 2010-2015.

Can you command to love? What does it mean?. The second part develops: "With all your heart, with all your soul, and with all your mind." It presents the measure of love. This treatise is the synthesis of the thought of St. Thomas of Villanueva and the foundation of his life.

KEY WORDS: Love. Commandment of love. The measure of love. Priority of charity.

Santo Tomás murió el 17 de septiembre de 1555. A lo largo de su vida no había publicado ningún libro. Más aún no otorgaba valor alguno a sus escritos de tal forma que había pensado destruir todos sus escritos². A su muerte el P. Juan Muñatones, discípulo, amigo y admirador de santo Tomás, nombrado obispo de Segorbe pocos años después, logró reunir una gran parte de sus escritos. Estos manuscritos de Santo Tomás pasaron del P. Muñatones al P. Uceda. Éste, al revisarlos, encontró un gran desorden en ellos y una escritura en muy mal estado³. Hizo una selección de estos escritos y la publicó en 1572. A partir de esta fecha se han hecho numerosas ediciones añadiendo siempre nuevos sermones y nuevas obras. La última de las ediciones es la edición crítica dirigida por el P. Laureano Manrique y publicada en la Biblioteca de Autores Cristianos en 2010-2015.

Santo Tomás predicó una gran parte de sus sermones en castellano, no obstante desconocemos si los sermones los escribió primero en castellano y luego los tradujo al latín, o si los escribió primero en latín y luego los tradujo y los pronunció en castellano. Su editor conocía bien las leyes sumamente severas de la Inquisición publicadas en 1559

2 "Le suplicaba que no privase a los fieles de los frutos de sus vigiliass; le hacía ver todo el bien que aún podrían hacer a las almas y toda la gloria que darían a Dios. Pero el Bienaventurado, como era natural, rechazaba mis sugerencias; me respondía con una modestia que yo no hacía más que admirar: "Mis trabajos no valen nada; hay tantos escritores ilustres que aparecen todos los días; cómo quieres tu que muestre al público un tan ligero bagaje de ciencia?". Sin embargo yo insistía y, como el curso natural de la naturaleza, tenía que sobrevivirle, le pedía en nombre de la Iglesia que me permitiese publicarlos al menos después de su muerte. Vencido por mi ruegos: "Haz, después de mi muerte lo que creas que es más útil para los fieles. Quema todo eso o entrégalo al público, te dejo libre" (Muñatones).

3 *Conciones sacrae illustrissimi et Reverendissimi D.D.Thomae a Villanova,ex ordine Eremitarum divini Augustini, Archiepiscopi Valentini et in sacra Theologia magistri. Nunc primum in lucem editae.* Compluti, Ioannes a Lequerica excudebat ,1572, fol 181 v.

y quizás fuese él mismo, y no santo Tomás, quien los tradujo al latín. Por otra parte, la mayoría de los grandes predicadores de la época como Luis de Granada, Alonso de Orozco, Héctor Pinto, etc., publicaron sus sermones en latín.

En la edición más antigua, 1572, el P. Uceda publica varios sermones sobre el amor de Dios: Domingo XII después de Pentecostés, Sermón sobre la fiesta de Santa María Magdalena y, sobre todo, los tres sermones del Domingo XVII después de Pentecostés. Estos tres sermones del Domingo XVII después de Pentecostés forman un tratado uniforme y sistemático que desarrolla el tema: *Diliges Dominum tuum*. Más que tres sermones pueden ser considerados como tres capítulos de un mismo tratado. De hecho en la catedral de Salamanca se ha encontrado un codex manuscrito que lleva como título *Tractatus de amore Dei per sermones divissus* y presenta estos tres sermones de Santo Tomás en castellano⁴. Ya en 1797 el P. Meliá había publicado una Colección de sermones de santo Tomás y, entre estos sermones, publica igualmente un manuscrito que había pertenecido al P. Enrique Flórez y que contiene igualmente, en español, los tres sermones de Santo Tomás sobre el amor de Dios.

I. LA OBRA

Estos tres sermones de Santo Tomás sobre el amor de Dios han llegado hasta nosotros en latín y en español y parece que una y otra versión es de Santo Tomás de Villanueva⁵. Forman un verdadero tratado “*Sobre el amor de Dios*” Poseen una gran coherencia lógica entre ellos. En realidad, no son más que tres capítulos de un mismo tratado. Más aún, son como una síntesis de toda la doctrina espiritual de Santo Tomás de Villanueva. En

4 BUJANDA, J. M. de, «Tratado del amor de Dios de Santo Tomás de Villanueva. Estudio histórico doctrinal y edición del texto», en *La Ciudad de Dios* CLXXXIII (1970) 38-89.

5 Se conservan en castellano el primer sermón y parte del segundo en el *Códice Ottoboniano* 1007 de la Biblioteca Vaticana, igualmente en el códice manuscrito de la catedral de Salamanca (*Sermones de Santo Tomás de Villanueva*, vol. 11, fols. 243v-260 r) y en *Colección de sermones españoles sobre todo género de materias*, t. 1, Madrid 1797, 26-89, el P. Meliá publica un manuscrito que contiene el texto en castellano de los tres sermones del amor de Dios.

realidad, los otros escritos de Santo Tomás no son más que el desarrollo de la doctrina espiritual contenida en este tratado.

La doctrina expuesta se fundamenta en San Agustín y San Bernardo. El pensamiento de San Agustín es como el acuífero subterráneo que riega todas las ideas de este tratado. Detrás de cada párrafo se encuentra la presencia de San Agustín. Expone la doctrina de San Agustín en términos del siglo XV⁶.

Es cierto que el primero y el más importante de los mandamientos de Dios es el mandamiento de amar a Dios y a nuestro prójimo: «*Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?*» *El le dijo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas.»* (Mt 22, 36-40).

Santo Tomás hace de este mandamiento el ideal de su vida. Está siempre presente en lo más íntimo de su corazón. Este mandamiento es el alma de su alma. Y es él quien inspira su actividad tanto intelectual como pastoral. En realidad Santo Tomás no hace más que seguir a San Agustín. Los escritos de santo Tomás no son más que la expresión de este amor que habita su corazón.

«Si me ordenaras que no te quisiera, eso se me haría imposible e insoportable; me sería en cierto modo más tolerable el infierno que dejar de amarte, pues siempre que se habla de los tormentos del infierno, lo que aflige mi espíritu, más que las llamas y todas las torturas, es eso que se dice de que los allí condenados te odian y te maldicen. ¡Oh miserables y desdichadas criaturas, que así correspondéis a vuestro creador, a vuestro Dios! ¡Lejos, muy lejos de mí el que deje yo jamás de amarte, Señor!» (212, 2, V, 257).

Esta expresión de su amor para con Dios Santo Tomás la repite con relativa frecuencia en sus obras:

6 THOMAS DE VILLENEUVE, *L'amour de Dieu*, Texte présenté par le Père Jaime García Álvarez, Saint-Léger Editions, 2018.

«Es más, aunque me conminaras con toda clase de torturas, con todos los infortunios del mundo, con todas las estrecheces, con todas las enfermedades, con todos los dolores, incluso con la muerte y el infierno a que no te amara, a que no te sirviera, yo no debería dejar de servirte.» (314, 2, VIII (1) 365)

«Si yo te amo, tú te darás a mí. Señor, yo te amaré aunque no me des nada por mi amor. Es más, aunque tuviera que aguantar tormentos eternos por tu amor, yo no puedo menos que amarte.» (207, 3, V, 183).

Estos textos nos remiten al soneto “*No me mueve mi Dios para quererte*” con todo lo que implica sobre el “amor puro y desinteresado” dentro de la historia de la espiritualidad.

El tema de este tratado, el amor de Dios, no es un tema secundario o accidental dentro de su pensamiento como de la acción pastoral de Santo Tomás de Villanueva. Es el fundamento de su vida. El amor de Dios es la esencia de su vida espiritual. De hecho si se quiere conocer lo que caracteriza sus escritos y de forma particular sus sermones es a este tema del amor de Dios al que tenemos que recurrir.

II. LOS TEMAS DESARROLLADOS EN ESTE TRATADO

Varios son los temas que desarrolla Santo Tomas en este tratado. El primero de ellos, y ciertamente el de mayor importancia, es el tema del primado del amor de Dios. El amor de Dios es la esencia de la vida cristiana y el fundamento de todas las virtudes:

«La caridad o amor de Dios es, respecto a las demás virtudes, lo que el oro respecto a los otros metales. Lo mismo que el oro aventaja a todos los metales en belleza, estima y valor, así también la caridad, o incluso más, supera en perfección y excelencia al resto de las virtudes, porque, sin la caridad, todas las otras virtudes o no valen nada o son de escaso valor según testimonio del Apóstol: *Aun cuando yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, etc. y aunque tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios y todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe, de manera que trasladase montañas, no teniendo caridad, no soy nada*

(1Cor 13,2ss). Es decir, todas estas virtudes, sin la caridad, no sirven de nada. En cambio la caridad por sí sola –como concluye Agustín– es todas las virtudes en cuanto a los frutos y efectos de la virtud, se entiende. Ella es, a la hora de creer, fe; en la confianza, esperanza; en la victoria, fortaleza; paciencia al tolerar; clemencia en la compasión; mansedumbre al aguantar; generosidad al dar; justicia en la igualdad, humildad en la humillación; y en suma, en todo proceder ejercita todas las virtudes» (332, 2, VIII2, 104).

Todo el pensamiento de Santo Tomás está fundamentado en el amor de Dios. Es un esfuerzo para explicarlo a nivel intelectual y hacerlo comprender. Pero este esfuerzo intelectual no es tarea fácil ya que solo se puede hablar de aquello que se piensa, pero solo se piensa aquello que se vive. Y Santo Tomás vive el amor de Dios y lo vive con intensidad antes de hablar de él. Está de tal forma poseído por el amor de Dios que no encuentra palabras para decirlo ni menos aún términos precisos para expresarlo.

El punto de partida de su reflexión sobre el amor de Dios es su vivencia de este amor. Santo Tomás de Villanueva antes que teólogo es místico. Es plenamente consciente de que el lenguaje ordinario es pobre, demasiado pobre y limitado para expresar su vivencia del amor de Dios. De aquí que acuda con frecuencia a la metáfora y a la exclamación. Esta es la razón por la que el lenguaje de Santo Tomás es con suma frecuencia un lenguaje lastimero, quejumbroso, lloroso. Santo Tomás desea hablar del amor. Pero el amor no se puede decir o expresar con palabras. Es inefable. La experiencia de Dios no da de forma inmediata los medios para expresarla⁷. San Agustín, con anterioridad a Santo Tomás de Villanueva, ya había realizado esta misma experiencia:

«Tampoco a mí me agradan casi nunca mis discursos. En efecto, estoy deseando un discurso mejor, del que con frecuencia me estoy gozando en mi interior, antes de comenzar a expresarlo con palabras sonantes; y cuando me parece inferior al que yo había imaginado, me entristezco porque mis palabras no han podido reflejar fielmente mis sentimientos. Estoy deseando que el que me escucha entienda todo como yo lo entiendo, y me doy cuenta de que no me expreso del modo

7 GARCÍA ÁLVAREZ, J., «Théologie et expression poétique», *Revue des Sciences Religieuses* 68(1994) 173-196.

más apto para conseguirlo. Esto es debido, sobre todo, a que lo que yo comprendo inunda mi alma con la rapidez de un rayo; en cambio, la locución es lenta, larga y muy diferente, y mientras van apareciendo las palabras, lo que yo había entendido se ha ya retirado a su escondrijo.» (De car rud 3, 3, PL 40, 211).

Santo Tomás, con frecuencia, dice su impotencia para expresar lo que lleva en su corazón. Las palabras como las expresiones justas, precisas le faltan. Y va a crear su propio lenguaje. Se hace en cierto modo filólogo. Crea nuevas expresiones.

«Nos disponemos a hablar de la cosa más sublime que hay en el mundo. No hay otra más útil en el universo. Que el Señor nos dé sentimientos y abra la puerta a nuestras palabras, de modo que sintamos lo que debemos y digamos lo que sentimos. El sermón tratará sobre el amor de Dios, del que nadie que no ame es capaz de hablar debidamente. Así pues, nadie que no tenga amor puede ser adecuado oyente de este tema, ni nadie que no supere en amor a los demás puede ser predicador idóneo. Cuanto más fervientemente ame una persona, tanto más elocuente, fogoso y arrebatador será su discurso sobre el amor. ¡Oh las palabras de los que aman! ¡Qué fuertes, qué encendidas, qué tiernas, qué penetrantes son! Como chispas que saltan del fuego, así penetran ellas en los corazones.» (212, 1, V, 255).

En realidad este *Tratado del amor de Dios* es su vida elevada a nivel de la conciencia. En él da razón de su vida. Es la síntesis de su vida y de toda su predicación.

La raíz o el fundamento del amor de Dios en el corazón se encuentra en la propia naturaleza humana⁸. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza. Ser imagen de Dios es nuestra realidad más profunda.

«Es grande la excelencia y dignidad del hombre por su imagen de Dios. ¿Qué más digno que parecerse a Dios? *Lo que el Padre me ha dado es lo más excelente de cuanto existe*, dijo el Señor (Jn 10,29). ¿Y qué otra cosa le dio el Padre sino que fuera el *esplendor suyo y la imagen de*

8 Turrado, A., «La Teología de la Caridad en Santo Tomás de Villanueva, maestro de espiritualidad agustiniana», en *La Ciudad de Dios* 171(1958) 564-598.

su sustancia? (Heb 1,3). Así pues, el Hijo es imagen de Dios e imagen de Dios también el hombre, pero de diferente manera, pues aquel es imagen sustancial y natural, el hombre es imagen imitativa. Dios pudo engendrar uno igual a sí, pero no crearlo. Sé que creó una naturaleza semejante a él, no en igualdad, sino a imitación de su naturaleza. La imagen de Dios está en el hombre a la manera que la imagen del rey en la moneda de oro [...] Me preguntarás: ¿En qué aparece esta imagen? [...] La imagen está en las potencias, y la semejanza en los dones gratuitos. Por tanto, la imagen es indeleble; por el contrario, la semejanza puede variar y perderse. En concreto, el hombre es imagen de Dios porque en él está la excelencia de Dios, es decir, en su mente y en su espíritu, y consiste precisamente en la simplicidad, la incorruptibilidad y la libertad del alma, de la misma manera que Dios es simple, incorruptible y libre. Mira qué grandes perfecciones de Dios hay en el alma.» (225, 2-3, V 259-461).

La imagen no tiene realidad en sí misma. Toda imagen es imagen de algo o de alguien. Es más genitivo, *ser-de*, que sustantivo, *ser-en-sí*. Por esto la imagen no nos retiene jamás en sí misma. No atrae la atención sobre ella. No se ama a sí misma, sino a aquello que representa. Y la imagen es tanto más perfecta cuanto más habla de lo que representa que de ella misma. Todo su ser está orientado hacia lo que representa y, en el caso concreto del hombre, esta orientación es hacia Dios. Dios es el modelo del hombre: “*Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto*” (Mt 5, 48). El hombre es imagen de Dios, pero imagen viva. El amor es la vida del alma, es la impronta de Dios en el hombre. Quien no ama está muerto. «El que no ama durante su vida, es un muerto de corazón, pues la vida del corazón es el amor.» (212, 3, V, 259).

«Todo ser aspira naturalmente a la mayor perfección de que es capaz. La naturaleza no descansa hasta alcanzar el fin último y la última perfección. Esta aspiración y tendencia natural, en el hombre, se orienta hacia su felicidad, bajo el impulso y la guía de Dios, aunque el hombre no conozca claramente en qué consista esa perfección a la que naturalmente se siente inclinado. De modo semejante lo atestigua el Apóstol cuando dice: *Sabemos que hasta ahora toda la creación está suspirando, evidentemente por alcanzar la perfección* (Rm 8,22). Este suspiro de las criaturas es la aspiración a su propia perfección, que alcanzarán después de la manifestación de los hijos de Dios, esto es, después de re-

sucitar, cuando todas las cosas hayan sido restauradas en su perfección definitiva. San Bernardo puntualiza: “No será restaurada la heredad, si antes no se restaura a los herederos”. Tampoco falta esta aspiración en nosotros: *Y también nosotros mismos*, prosigue el Apóstol, *que tenemos ya las primicias del Espíritu, con todo eso, suspiramos desde lo íntimo del corazón* (Rm 8,23). Y eso no sólo por apetencia e inclinación natural, sino también por impulso sobrenatural y divino de la gracia. A ello se refieren las palabras del mismo Apóstol: *El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables* (Rm 8,26), es decir, deseando y anhelando la misma perfección por la que suspira la naturaleza en nosotros. ¡Y no han de cesar los suspiros hasta alcanzarla! Porque, mientras no lleguemos, nuestro deseo está continuamente en marcha hacia esa meta, nuestro corazón estará siempre inquieto: el entendimiento indagando, la voluntad deseando. Como decía Agustín: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón no halla sosiego hasta que no llegue a ti”. Porque el entendimiento, que conoce el efecto, busca la causa, la siguiente causa de aquella causa, y no cesará hasta que no haya llegado a la Causa primera. [...] La posesión de todos los bienes no puede saciarlo hasta que no llegue a la del bien supremo y último, superior al cual no existe otro. *Me saciaré cuando aparezca tu gloria* (Sal 16,15). En todas las cosas, he buscado un lugar de descanso, pero no lo he encontrado: *Me estableceré en la heredad del Señor* (Sir 24,11). *Allí descansaré: En paz me dormiré y allí descansaré* (Sal 4,9). Allí se moderarán todos los latidos de mi corazón, allí se llenarán hasta los bordes todos los más pequeños pozos de mis apetencias.» (387, 1, VIII2, 883-885).

Existe por consiguiente una orientación natural del hombre hacia Dios. Esta tendencia es el amor, el deseo de Dios. El centro de gravedad o el “lugar natural” del hombre es Dios. San Agustín lo ha expresado con plena claridad: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (Conf 1, 1, 1).

«Pues el amor es peso del ánima. Testigo es el gran Agustino, que dice: “Mi amor es mi peso; con él soy llevado doquier que soy llevado”, y así como el peso lleva la piedra al centro, así es el amor, que lleva el ánima a su centro, que es Dios, el cual es así propio lugar del ánima, como el centro es propio lugar de la piedra.» (213, 3 V, 279).

Pero Dios no ha hecho al hombre única y exclusivamente a su imagen, lo ha creado igualmente a su semejanza. La semejanza hace referencia a la gracia, a los dones sobrenaturales. Por la semejanza Dios nos hace partícipes de su propia vida. En cierto modo nos diviniza.

«Dios se une de tal manera al alma en que mora, aunque sin ser forma suya, que la vivifica y suscita en ella movimientos y operaciones vitales, dándole vida, sensación, movimiento, vigor, hermosura y fortaleza con su íntima presencia y su unión vitalizadora, mientras que el ángel, aunque esté al lado del alma, no es unible a ella. Así pues, lo que el alma aporta al cuerpo, eso y mucho más perfectamente lo aporta Dios al alma, pues se le puede denominar en cierto modo “alma del alma”.» (367, 5, VIII2, 683).

Dios otorga al hombre su gracia, su amor. Este amor es un don sobrenatural. Un don absolutamente gratuito. Supera nuestras fuerzas, nuestras facultades, nuestra naturaleza. Solo se obtiene mediante la súplica y la oraciones Este amor no se gana, ni se compra, ni se aprende, única y exclusivamente se recibe.

«El amor de Dios no se puede adquirir con el estudio, o con la habilidad, o el esfuerzo del hombre, ni con el empeño solo, sino que es dado gratuitamente por el mismo Dios. Es un don de Dios y una gracia sobre toda gracia. Se alcanza con lágrimas y súplicas, no se consigue por nuestras fuerzas. No se enseña, sino que se infunde. No se aprende, sino que se recibe gratis de arriba. Ciertamente, los que lo buscan lo encuentran, pero no por el hecho de buscarlo sino porque se regala; no por indagación del que lo busca sino por gracia del que lo concede.» (214, 11, V, 321).

Todo en el hombre está, por consiguiente, consciente o inconscientemente, orientado hacia Dios. La medida de este amor es amar sin medida. El Señor ha dicho: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu*” (Mc 12 28). San Agustín comentando este texto del Evangelio dirá:

«*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. ¿Qué queda de tu corazón para que te ames a ti mismo? ¿Qué*

queda de tu alma? ¿Qué queda de tu mente? *Con todo* –dijo–. Quien te hizo te exige entero.» (Ser 34, 7).

Es preciso amar a Dios con *todo* el corazón, con *toda* el alma y con *toda* la mente. Este amor total, puro es absolutamente gratuito. No busca recompensa alguna. No busca nada fuera de sí mismo. Es su principio y su fin. Desde el momento en que desea algo fuera de sí mismo, degenera, se hace impuro. Este amor puro es el amor con el que tenemos que amar a Dios. Un amor sin medida.

«El amor es un sentimiento, no un contrato; tiene premio, pero no lo busca. Diré más, el amor que no busca el premio, es con mucho el más merecedor de él. Porque el premio del amor es ser amado y el propio amor es premio suficientísimo para sí. El verdadero amor está contento consigo mismo, no busca nada fuera de sí: en sí mismo comienza y en sí mismo acaba, como una especie de círculo del alma. Amo porque amo; amo por amar, sin buscar otra razón, sin pretender otro fin. El principio y el fin del amor es el amor, porque el amor revierte sobre sí mismo. Y si mira otra cosa fuera de sí, degenera respecto de sí y se aparta de la naturaleza del amor genuino.» (214, 1, V, 297-99).

Pero al hombre le es imposible amar sin medida porque es finito, limitado. Su amor es imperfecto. Amamos para obtener una recompensa, por interés. Amar sin medida es para el hombre más un ideal al que se tiende que una posibilidad real. Este ideal solo se realiza en plenitud en el cielo y, aquí, en la tierra, solo en muy breves momentos⁹.

«Dichoso aquel que ha llegado a tal sublimidad en el amor que, olvidándose de sí y de todas las cosas, y prescindiendo por completo de sí mismo, vive todo él absorto en Dios, por más que esta dicha tan grande no es propia de la vida de aquí, sino de la vida futura. Y si alguna vez llegamos a tocar un instante esta cima, sólo un poquito nos detenemos allí, porque el cuerpo corruptible apesga al alma (Sab 9,15), y a la voluntad que anda por las alturas, la carne impertinente la dobla con su peso hasta lo más bajo, haciendo ruido con mil clamores

9 BRUN, J. le, *Le pur amour de Platon à Lacan*, Seuil, Paris 2002.

y turbando aquel sosiego del corazón que por poco tiempo se le había otorgado.» (214, 2-3, V, 299-301).

El amor puro es un ideal y en cuanto ideal es incitación e invitación a buscarlo. El ideal es sobre todo objeto de súplica.

«Dirás: ¿Tuvo entonces el hombre peor trato que los animales, al no poder alcanzar su fin por sus propios recursos naturales? Santo Tomás responde: Al contrario, supone una muy alta prerrogativa del hombre el ser elevable por encima del fin natural a otro mucho más digno, a un fin sobrenatural, al que otras naturalezas no son elevables. Él ha sido elevado mediante la luz de la gloria, que perfecciona la propia esencia del alma para que, así capacitado, alcance lo que por sus fuerzas naturales no alcanzaría. Por consiguiente, el descanso y la luz hay que pedírselas a Dios, porque por los propios recursos son inalcanzables.» (387, s. n. VIII2, 887).

El ideal no bloquea el amor, lo excita e incita, le da nuevas fuerzas. No es un muro sino un camino que invita a caminar. Cristo se ha hecho Camino y no cesa de decir: *Vén, sígueme*, y otorga su gracia, su fuerza para caminar hacia el Padre con él. Esto le hace exclamar a Santo Tomás de Villanueva:

«Me mandas, Señor, que te ame. Es más, Señor: si me mandarás lo contrario, que no te amase, no lo podría cumplir; aunque con mil infiernos me amenazaras por amarte, yo no renunciaría a tu amor.» (207, 10, V, 200).

III. DESARROLLO LÓGICO DEL TRATADO

El *Tratado del amor de Dios* es un comentario amplio y profundo del mandamiento del Señor: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu* (Mt 22, 37). Consta de una introducción y de dos partes. En la primera desarrolla la primera parte del mandamiento: *Amarás al Señor tu Dios*. La segunda parte es una explicación de la segunda parte del mandamiento: *Con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu*.

3.1. *Introducción*

En la introducción plantea con plena claridad la dificultad que encuentra a la hora de exponer el tema del amor de Dios. Es un tema que ninguno otro sobrepasa en valor e importancia y, a la vez en utilidad: «Nos disponemos a hablar de la cosa más sublime que hay en el mundo. No hay otra más útil en el universo.» (212,1, V, 255). Acercarnos a este tema exige inteligencia para comprenderlo y palabras para decirlo: «Que el Señor nos dé sentimientos y abra la puerta a nuestras palabras, de modo que sintamos lo que debemos y digamos lo que sentimos.» (212, 1, V, 255). En realidad solo puede hablar del amor quien ama. «Nadie que no ame es capaz de hablar debidamente. Así pues nadie que no tenga amor puede ser adecuado oyente de este tema, ni nadie que no supere en amor a los demás puede ser predicador idóneo.» (212, 1, V, 255).

3.2. *Amarás al Señor tu Dios*

La primera parte tiene como tema el mandato del amor: *Amarás al Señor tu Dios*. La primera pregunta que se hace es sobre la necesidad y, por lo mismo, sobre el sentido de este mandamiento. «Me ordenas, Señor, y esto me lo intimas bajo un severísimo mandato que te ame, que te ame a ti en todo y por encima de todo.» (212, 2).

Repetidas veces en la Sagrada Escritura el Señor dice: «Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza.» (Dt 6, 5; Mt 22, 27; Mc 12, 29; Lc10, 27). Es un mandato, un mandamiento, más aún un imperativo: “Amarás”.

Este mandamiento nos hace salir de nosotros mismos. Nos abre a Dios. Más aún nos hace descubrir, tomar conciencia que somos capaces de amar: “Amarás”. Es una invitación que Dios hace a que le amemos. El problema que se plantea ante este mandato del Señor es, en primer lugar, saber si se puede mandar el amor, es decir, obligar a alguien a amar. Al amor no se le puede obligar como tampoco se le puede comprar. El amor solo es amor si es libre, si es una ofrenda libre No se puede mandar, obligar a alguien a amar. El amor no se obtiene por la fuerza. Pero al amor se le puede provocar. Pero solo puede provocarlo quien ama. Solo quien ama puede decir y dice en efecto: “Ámame”. En realidad solo Dios, que es amor y que no cesa de

mostrarnos su amor, puede decirnos: “Ámame”. Este mandato no es una imposición, sino una invitación. Sugiere, invita a amar.

Pero es necesario este mandamiento? ¿Es necesario que Dios nos provoque o nos invite a amarlo? En principio este mandamiento no sería necesario puesto que todo cuanto nos rodea y sucede no es más que expresión del amor de Dios. Todo es una palabra de amor. Dios es amor y todas sus acciones en este mundo no son más que expresión de este amor. Es a la luz del amor cómo tenemos que comprender la realidad de los seres como todos los hechos y acontecimientos de la vida.

«Me ordenas, Señor, y esto me lo intimas bajo un severísimo mandato que te ame, que te ame a ti en todo y por encima de todo. Pero, Señor, ¿tan inicuo soy y tan ingrato, que tenga necesidad de un mandamiento en ese sentido? Después de haber sido hecho por ti y redimido a tan alto precio; después de tantos y tan señalados beneficios con que me regalas todos los días, ¿hace falta un mandamiento para que te ame? Me confundes por cierto, Señor, y me dejas anonadado con este mandamiento tuyo.» (212, 2, V, 255).

Santo Tomás propone varias razones por las cuales este mandamiento es necesario para amar a Dios. Y una a una expone con detalle estas razones.

1. Amamos lo que es agradable, y nada más agradable y suave que Dios mismo. El mandamiento de amar a Dios expresa lo más agradable que podemos apreciar o sentir. Nada hay más agradable que amar a Dios.

«Porque, ¿hay algo más agradable, algo más dulce que amar? ¿Qué hay más suave, qué hay más llevadero? ¿Qué es la vida sin amor más que una muerte insufrible? El que no ama durante su vida, es un muerto de corazón, pues la vida del corazón es el amor.» (212, 3, V, 259),

«¡Oh mandamiento agradable y llevadero! ¡Gracias, Señor, por haberme dado este mandato tuyo tan benévolo y amable para mí! Al que corría por gusto, le añadiste un incentivo. Nada más grato para mí que quererte. ¿Y quién puede dejar de amarte, Señor mío? Si me ordenaras que no te quisiera, eso se me haría imposible e insoportable; me sería en cierto modo más tolerable el infierno que dejar de amarte, pues siempre que se habla de los tormentos del infierno, lo que aflige mi espíritu, más que las llamas y todas las torturas, es eso que se dice de que los allí condenados te odian y

te maldicen. ¡Oh miserables y desdichadas criaturas, que así correspondéis a vuestro creador, a vuestro Dios! ¡Lejos, muy lejos de mí el que deje y jamás de amarte, Señor!» (212, 2, V, 255-257)

2. Amar a Dios es, por otra parte, justo y razonable. Dios ha creado al hombre libremente. Más aún, lo ha creado por pura y absoluta gratuidad ya que no tenía necesidad alguna de su existencia. Y ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Por el hecho mismo de haber sido creados por Él, a Él le pertenecemos. *Somos de Él*. Al ser creados a imagen y semejanza de Dios todo su ser está orientado esencialmente hacia Él. La imagen no es sustantivo sino genitivo, un “ser-de”. Todo el sentido y perfección de la imagen se encuentra precisamente en la relación con su modelo. Por esto todas las facultades del hombre están radicalmente orientadas hacia Dios. Amar a Dios es una exigencia de nuestro ser. En el hombre existe por lo mismo una tendencia innata hacia Dios. El amor es el peso del alma.

«Mas la criatura intelectual y razonable: el ángel y el hombre, y el hombre y el ángel esta dignidad tienen, que puedan llegar hasta el sumo Bien que desean y sean de él capaces, pues el amor es peso del ánima. Testigo es el gran Agustino, que dice: “Mi amor es mi peso; con él soy llevado doquier que soy llevado”, y así como el peso lleva la piedra al centro, así es el amor, que lleva el ánima a su centro, que es Dios, el cual es así propio lugar del ánima, como el centro es propio lugar de la piedra.» (213, 3, V, 279).

Este amor de Dios, connatural a toda criatura, se realiza en los diferentes seres según la naturaleza de cada uno.

«Porque es Dios un centro de amor, al cual endereza a toda criatura el peso del amor, pues luego a sólo Dios por sí conviene el amor así como la honra; y de aquí es que si alguna cosa se ama, la cual por él no se ama, vanamente se ama. Y por eso ni el ángel dignamente por sí ultimadamente ha de ser amado. Tan amable es Dios que, de todas las cosas, aun de las insensibles, en su manera es amado, porque ¿qué son las inclinaciones de las cosas naturales sino unos amores con los cuales son llevadas hacia su Dios?» (213, 3, V, 277).

«En consecuencia, a él le debes por entero tu amor, porque él te dio la facultad de amar. A él le debes todos tus pensamientos, pues él infun-

dió en tu alma el vigor de la inteligencia. A él le debes todos tus deseos y tus aspiraciones, ya que él implantó en ti el poder de querer y desear. Por consiguiente, si empleas algún pensamiento tuyo, algún apego tuyo en otra cosa que no sea él, si tienes algún otro deseo o afición, si haces o tramabas algo que no sea él o en atención a él, eres un ladrón, un usurpador y pertenece a otro lo que tú despilfarras.» (212,4, V, 261).

3. Este mandamiento revela igualmente la liberalidad o la generosidad de Dios: nos promete una recompensa si hacemos aquello que tendríamos que hacer por justicia: amarle. Dios va más allá que el derecho, que la justicia y promete una recompensa a quien le ama.

«Hay además otra consideración que no es menos reseñable en este mandamiento y que pone de relieve la magnanimidad y largueza de Dios, a saber: que por el cumplimiento de una ley tan leve y hacedera, se nos promete un premio, extraordinariamente grande y para siempre.» (212, 6, V, 263).

«El propio amor es ya un gran premio en sí, pues el amor es más amable que todo cuanto se puede desear y, además, se le añade un premio. ¡Qué maravilla! Das amor, y por el amor regalas el paraíso; das, porque has dado; das, para dar gracia sobre gracia, regalo sobre regalo, pues, cuando galardonas nuestros méritos, ¿qué otra cosa haces que premiar tus mismos dones? Hasta los méritos nuestros son dádivas tuyas. ¿Quién no se asombrará de tanta dignación por tu parte?» (212, 6, V, 265).

4. El mandamiento del amor a Dios manifiesta, igualmente, la dignidad que Dios otorga al hombre: lo invita a amarlo.

«¿Quién soy yo, Señor, o cuál es mi naturaleza, para que quieras que yo te ame, de tal modo que, si no lo hago, me conminas con torturas eternas, ¿con fuerzas atroces? ¿Tan importante soy yo para ti, Señor, ¿para que estimes tanto ser amado por mí? ¿Qué es el hombre, Señor, ¿para que te hayas revelado a él? *¿Qué el hijo del hombre para que pienses en él?*» (Sal 143,3) (212, 7, V 265).

5. Dios ofrece este mandamiento para nuestra propia utilidad, por nuestro interés. Amar a Dios nos hace, nos forma y nos conforma a él. No

es algo puramente externo y accidental a nuestra vida. El amor de Dios nos constituye. Somos tanto más perfectos cuanto más perfecto es nuestro amor de Dios. El fundamento del valor, de la importancia fundamental del amor de Dios en la vida del hombre se encuentra en el hecho de ser imágenes de Dios. La imagen es tanto más perfecta cuando más se aproxima de su modelo. Esta tendencia del hombre hacia Dios, en cuanto imagen, es el amor. El amor es, por lo mismo quien nos hace y constituye. Somos a la medida de nuestro amor.

«Y no quieres que yo te ame por ti, sino por mí, porque tú me quieres y por eso quieres que yo te ame: porque sabes que en amarte a ti está mi plena salvación y mi vida. Así que buscas mi amor para darme la vida. Pues la vida eterna consiste en que yo te conozca a ti, y conociéndote te ame, a ti y a tu enviado Jesucristo (Jn 17,3). Y, para que nadie quedara excluido de la vida, pusiste la vida en el amor, porque todos pueden amarte.» (212, 7, V, 265-67).

«Ahora bien, la cima de todos estos bienes la ocupa el amor, pues nada hay más valioso en toda la casa de Dios que el amor a él, ni nada más excelente. Éste es el mayor de todos los dones de Dios, el don sobre todo don, que sólo se da entre amigos, más aún, es el mismo don de la amistad. Yo amo a los que me aman, nos dice (Prov 8,17).» (212, 8, V, 269).

Dadas todas estas características de Dios y de su amor para con el hombre se deduce con plena claridad que el hombre no tendría necesidad de un mandamiento que le invite a amar a Dios. Amar a Dios es algo totalmente natural a la esencia misma del hombre. Pero el hombre, en la actualidad, se encuentra en una situación tal que se siente imposibilitado a amar verdaderamente a Dios. Y este mandamiento de amar a Dios quien viene en su ayuda. Hace que recobre su naturaleza primera si no perdida al menos debilitada.

El amor, la tendencia que orienta radicalmente al hombre hacia Dios, a causa de pecado, se encuentra sumamente debilitada. Ante ello el hombre vive desorientado y disperso entre las cosas. Desparramado. Las cosas tiran con fuerza de él y se deja llevar, arrastrar por ellas. Esta es la condición actual del hombre. Y sin embargo solo el amor, la orientación hacia Dios, nos salva, nos perfecciona y nos otorga la felicidad. «Es vacío y perdido

todo tiempo que no se emplee en esto; huera y sin fruto es toda obra que no se dirige a ese objetivo» (212, 10, V, 271).

«Ahora, por cierto, por más que nos esforcemos, amamos en parte, y en parte deseamos, y no cumplimos a la perfección lo que nos está mandado: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente*. Porque el cuerpo corruptible apesga al alma (Sab 9,15), y el sentido del hombre se inclina por su propio peso a estas cosas rastreras y no es capaz de mantenerse todo él tenso en la dirección apetecida. El espíritu, en efecto, se desparrama por mil cosas y, saliendo de sí mismo a través de ciertas fisuras ocultas que apenas podemos percibir, vaga de mala manera por diversos andurriales y recorre los alrededores curioseándolo todo, y vuelve de nuevo sobre sus propios entornos, y al dispersarse malamente por cada objeto, no se une en totalidad con aquel auténtico y supremo Bien.» (212, 10, V, 271-273).

Sin embargo, Dios no deja al hombre de su mano. Viene en su ayuda y le ofrece el amor, la orientación de su ser a Dios. Pero Dios no se impone, se propone, se ofrece y solo pide que el hombre sepa acogerlo. Esta es la razón de darle este mandamiento. Ante la indiferencia y falta de sensibilidad para sentir la bondad de Dios, este mandamiento viene a despertarlo, a abrirle los deseos más profundos del corazón.

«Desde el cielo se envía este fuego, no procede del nuestro; y por eso, oh grandísimo y buenísimo Jesús, si quieres que yo te ame, “dame lo que mandas y mándame lo que quieras”, porque, a pesar de que es placentero y muy placentero para mí amarte, sin embargo está por encima de mis fuerzas, supera mis facultades y mi naturaleza el amor que me pides, ese querer que me reclamas, porque es sobrenatural, que debo alcanzar como don tuyo, no únicamente por decisión mía. Sin embargo, no tendré excusa alguna [...] Tú no niegas tu amor al que lo quiere y lo concedes generosamente a los que te lo piden. Yo no puedo ver si no hay luz, y sin embargo, si a pleno mediodía no veo porque tengo cerrados los ojos, eso es culpa mía, no defecto del sol, que lo llena todo con su claridad. Exactamente así ocurre con tu amor, Señor» (212, 9, V, 269).

A continuación Santo Tomás sistematiza y profundiza las razones por las que el hombre debe amar a Dios. Estas razones las resume de la forma siguiente: «Y amarle has porque es Dios, amarle has porque es Señor, amarle has por tuyo. De manera que le amarás por sí; amarle has por sus cosas, y amarle has por ti.» (213, 1, V, 275).

a) *Amar a Dios por ser Dios*

El hombre ha de amar a Dios, dirigir hacia él su amor, en primer lugar, porque es Dios. Hacia él se orienta consciente o inconscientemente nuestro ser. Se ama lo que se juzga o se siente como bueno, como bello, como perfecto. Y Dios es la bondad absoluta, la belleza sin límite y la perfección suprema. Ante Dios santo Tomás se siente sobrecogido de admiración. Dios es más grande que todo deseo.

«¡Cuánta es la majestad suya, cuánta su bondad, cuánta su gloria, cuánta su potencia, cuánta su sabiduría, cuánta su plenitud, cuánta su suavidad, cuánta su deleite, cuánta su luz, cuánta su perfección, cuánto, finalmente, su cumplimiento de todos los bienes y de todas las cosas que se puedan desear!» (213, 2, V, 277).

Solo Dios es, por lo mismo, digno de ser verdaderamente amado. Más aún, hacia él tienden nuestros deseos consciente o inconscientemente. Él es el centro de nuestro amor,

«Porque es Dios un centro de amor, al cual endereza a toda criatura el peso del amor, pues luego a sólo Dios por sí conviene el amor así como la honra; y de aquí es que si alguna cosa se ama, la cual por él no se ama, vanamente se ama.» (213, 3, V, 277).

«Pues el amor es peso del ánima. Testigo es el gran Agustino, que dice: “Mi amor es mi peso; con él soy llevado doquier que soy llevado”, y así como el peso lleva la piedra al centro, así es el amor, que lleva el ánima a su centro, que es Dios, el cual es así propio lugar del ánima, como el centro es propio lugar de la piedra.» (213, 3 V, 279).

«Pues que Dios sea tu centro y que la fuerza del amor te lleve a él, muy claro está, si quisieres abrir los ojos, porque bien ves que no tienes descanso fuera del bien, como ni la piedra fuera de su centro; y cuando para él te fueres, entonces descansarás, como está escrito: *In*

pace in idipsum dormiam et requiescam: En paz y en la misma dormiré y descansaré. “Hicístenos, Señor, para vos, y muy desasosegado está nuestro corazón hasta que vaya a vos”. Y si te quisieres consultar con la experiencia, hallarás en la verdad que en ninguna otra cosa reposa ni descansa tu amor sino en Dios, porque todas las otras cosas te alanzan de sí y te envían a tu centro. ¿No ves a la clara que si alguna otra cosa fuera de Dios amas por ella misma, que en tal amor hay desasosiego grande, y amargura, y mortales congojas?» (213, 4-5, V, 281).

Y sin embargo el hombre se aparta, se aleja de Dios. Su amor se dirige hacia las criaturas. La voluntad está orientada, en principio, hacia Dios. Pero el hombre es libre y la libertad le permite dirigirse hacia otros bienes. La voluntad no está unida necesariamente a su bien propio. Y aquí radica la profundidad del pecado. Pero lo más grave, dirá Santo Tomás, no es esta desorientación, sino no ser consciente de ella. Camina como un ciego o como se camina en la oscuridad, sin saber en dónde poner el pie.

«¿De dónde me viene a mí tan mala y tan ingrata indiferencia, sino porque está el velo puesto entre medias, y porque esta nube de la carne me impide que la claridad del sol no resplandezca en los ojos de mi ánima? Quita el velamen y verás con qué ímpetu se irá el ánima a su centro.» (213, 7, V, 285).

Hay personas que tienen los ojos del corazón velados, oscurecidos. El velo que no les permite ver a Dios es la abundancia de bienes materiales. Las riquezas, el bienestar material da muerte al verdadero deseo, al deseo de Dios. Sin embargo hay otras personas que han logrado purificar, limpiar el corazón y consiguen percibir los rayos de la luz de Dios. A partir de ese momento, son atraídos por la bondad y la grandeza de Dios. Gozan de una felicidad sin límites ante la visión de Dios. Pero en esta vida esta visión de Dios no es más que momentánea. Santo Tomás habla de su propia experiencia contemplativa: «Mas ¡ay!, que muy poco dura esta irradiación, muy presto se pasan tan deleitables rayos: hieren el ánima y pásanse luego».

«Y aun ahora acá, cuanto este velo es más delgado y transparente, tanto el ánima más se mueve hacia Dios y más se esfuerza en ella el ímpetu del amor; como por el contrario, acá hace a muchos, los cuales tienen tan grueso el velo de la carne con la gran abundancia de las ri-

quezas y otros bienes temporales, que muy apenas, y muy poco, y muy perezosamente se van a su centro; mas los que con vigiliass, y ayunos, y otras abstinencias, y obras de caridad adelgazan este velo de la carne y lo quebrantan, por su transparencia en alguna manera, aun en esta vida morando, aquella luz bienaventurada se les trasluce en los ojos de sus ánimas, como el Apóstol dice: *Vemos ahora por espejo en enigma y en oscuridad, etc.* Y así corren los tales tras el olor de sus ungüentos, y si algunas veces les acontece que, por algunos agujeros o resquicios del velamen, aquellos rayos de la divina lumbre, aun por poco tiempo, resplandecen en los ojos de sus ánimas, luego se derriten todas de amor y con gran ímpetu son llevadas y levantadas a su Dios, no ya atraídas por el olor, sino por su gran hermosura. Mas ¡ay!, que muy poco dura esta irradiación, muy presto se pasan tan deleitables rayos: hieren el ánima y pásanse luego.» (213, 7, V, 285).

Para ayudarnos a purificar el corazón y atraernos a la verdadera felicidad Dios viene a nuestro encuentro y nos pide que le amemos, que orientemos nuestro amor hacia él. Nos ofrece el mandamiento del amor. De no haber caído en el pecado, no tendríamos necesidad de este mandamiento, ya que por naturaleza el hombre está orientado hacia Dios.

«Ciertamente el pecado es la culpa cuando aparta el ánima los ojos de su Dios y los hincó y puso en sí misma, y detuvo aquel rayo de amor que impetuosa mente corría a Dios en sí misma; pues luego digamos que no hubiera necesidad de tal mandamiento si la naturaleza se conservara en aquella pureza que fue creada; y de aquí es que en su primera creación ni a los ángeles ni a los hombres no leemos que tal mandamiento les diese su Creador, porque naturalmente a esto se inclinaban, y no tenían necesidad de escuelas para cumplir tal mandamiento los que con ley de amor íntima y gran de mente habían sido formados de su Creador. Mas ya olvidado nos hemos de esta ley natural y enajenados estamos de nuestro principio en tanta manera, que ni aun por mandamientos, ni promesas, ni amenazas, ni aun cotidianos beneficios no nos pueden atraer a que amemos a Dios!» (213, 8, V, 287).

Dios sufre a causa de la desorientación del hombre y no cesa de llamarle para que retorne a él. Es preciso no prestar atención a la bondad y a la belleza de las cosas, sino a la bondad y belleza de Dios. Él es la fuente y el origen de todo bien y de toda belleza. Es necesario saciar el deseo de

felicidad en Dios y no en las cosas de este mundo. Dios solo es la fuente de la verdadera felicidad.

«Si, pues, buscas el deleite o la dulzura, no los busques en una fruta ni en un panal de miel, no en el pan ni en la carne, no en la comida o en una determinada naturaleza, sino busca el deleite en sí, la misma dulzura subsistente, que no es dulzura de algo, sino sólo dulzura y toda dulzura. Del mismo modo si buscas la belleza, no la busques en el sol ni en las estrellas, no en el hombre ni en el caballo, no en los vestidos ni en el oro, sino busca la misma belleza subsistente, que no es belleza de éste o aquel, sino pura belleza, no mezclada con otra naturaleza, cuyo todo su ser es ser belleza. Y así debemos juzgar de cualesquiera otros bienes.» (213, 10, V, 289-91).

«Es necesario que esta dulzura, bondad, belleza pura y subsistente por sí, pues no está limitada por algo, sea infinita e ilimitada. Ésta es tu Dios, oh alma mía, no este o aquel bien, sino todo bien y la bondad subsistente por sí. ¡Cómo saciará la misma saciedad!» (213, 11, V, 291).

Dios es la bondad y la belleza misma. Dios no es bueno o hermoso como las criaturas son buenas o hermosas. Las criaturas tiene la bondad y la belleza, pero no son la bondad y la belleza como Dios es bueno y belleza absoluta. Y es Dios mismo quien se entrega a nosotros.

«Ésto es la que promete y da Dios a sus escogidos, no premiándoles con algún bien finito, mas con el mismo bien, conviene a saber, con la misma bondad. Y de aquí es que, como Moisés demandase a Dios qué le había de dar por sus trabajos, fuele respondido: ¡Oh Moisés!, darte he todo bien, éste ha de ser el jornal de tu obra, éste el galardón de tu trabajo. No, pues, has de pensar e imaginar a Dios hermoso y poderoso como al hombre, o al sol, o al ángel; porque el hombre y el ángel por accidente son buenos, mas Dios esencialmente y sustancialmente es bueno, no por alguna cosa a él unida, al cual su ser es ser bueno: porque no se junta a la deidad bondad o hermosura para que Dios sea bueno o hermoso, ni a la naturaleza de Dios se mezcla bondad; mas el mismo Dios es la infinita e ilimitada bondad; Dios es la misma hermosura, la misma potencia» (213, 11, V, 291).

Dios no cesa de llamarnos para que retornemos a él. Llama con fuerza a la puerta del corazón. No busca su bien, sino nuestro bien. Es necesario acogerle, abrirle la puerta del corazón para que more en nosotros. Y Dios llama a la puerta de nuestro corazón a través de este mandamiento: “Ámame”, “amarás al Señor tu Dios”.

«Consideremos, pues, cómo nuestro Dios, grande, bueno y poderoso y lleno de riquezas, anda entre sus criaturas, buscando algún amador, y no le halla; da muchas cosas y promete al que le amare, y ninguno quiere ni aun mirarle, y así es que determinaron los mortales de abajar sus ojos a la tierra. Míralo en los Cantares cómo ruega a su criatura y la provoca e incita a su amor: Ábreme, hermana mea, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, mía de todos los modos. Ábreme, y si no quieres abrir por mí, ábreme por ti: porque mi cabeza está llena de rocío, mi divinidad llena está de toda suavidad y dulzura: pues luego ábreme y cenaré contigo, y no a costa tuya, que yo haré todo el gasto y te pondré delante manjares suavísimos. Y ella con todo esto responde de la cama con indignación grande, diciendo: Heme despojado de mi vestidura, y ¿téngole de tornar a vestir? Lavéme mis pies, ¿cómo me los ensuciaré ahora? ¡Oh ingrata, mísera y ciega!, ¿así respondes a tu Amado, así menosprecias a tu Creador? Abre, mísera, que no te ensuciarás, antes te lavarás; no trabajarás, sino descansarás, no te inquietarás, sino que te alegrarás.» (213, 11, V, 293).

La búsqueda, el deseo de Dios, y búsqueda apasionada, es la vida misma del alma. Pero es Dios mismo quien provoca esta búsqueda. Dios se muestra para que le busquemos y una vez encontrado se oculta para que le busquemos con mayor ardor. Pero es Dios quien incita a amarlo, a buscarlo sin cesar. Santo Tomás lo expresa comentando diferentes pasajes del *Cantar de los cantares*. La vida del alma se encuentra en esta búsqueda de Dios. Cesar de buscar a Dios es cesar de desear y cesar de desear es la muerte.

«Consideremos, pues, cómo nuestro Dios, grande, bueno y poderoso y lleno de riquezas, anda entre sus criaturas, buscando algún amador, y no le halla; da muchas cosas y promete al que le amare, y ninguno quiere ni aun mirarle, y así es que determinaron los mortales de abajar sus ojos a la tierra. Míralo en los Cantares cómo ruega a su criatura y la

provoca e incita a su amor: Ábreme, hermana mea, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, mía de todos los modos.» (213, 12, V, 293).

«Así, Señor, así lo hacéis: tocáis para que seáis conocido, y hacéis para que seáis buscado; llamáis y os ascondéis, provocáis y os vais, convidáis y os partís, no menos piadoso cuando os vais que cuando venís.» (213, 12, V, 295).

«Cerca la ciudad, conjura a las hijas de Jerusalén, solicita a los ciudadanos, pregunta a las guardas, y éstas te saldrán al encuentro, ellos te harán dar priesa, y porque más ligeramente corras, te quitarán la vieja vestidura; y como los hubieres pasado un poco, hallarás al que tu ánima desea. Pues no pares hasta que te encuentre el tu Amado y reciba en sus muy dulces abrazos y entonces te deleitarás, entonces quitará de ti toda tristeza y gozará de tu deseado bien y esposo tuyo en la gloria del cielo, a la cual nos lleve el mismo amado y amigo, Señor nuestro Jesucristo, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina para siempre jamás.» (213, 12, V, 295).

b) *Amar a Dios con todo el corazón*

Santo Tomás analiza la naturaleza del amor. El verdadero amor es un afecto no un contrato. Es absolutamente gratuito. No busca recompensa alguna. La recompensa del amor es el amar. No busca nada fuera de sí mismo. Es su principio y su fin. Desde el momento en que desea algo fuera de sí mismo, degenera, deja de ser amor. Este amor puro es el amor con el que tenemos que amar a Dios

«El amor es un sentimiento, no un contrato; tiene premio, pero no lo busca. Diré más, el amor que no busca el premio, es con mucho el más merecedor de él. Porque el premio del amor es ser amado y el propio amor es premio suficientísimo para sí. El verdadero amor está contento consigo mismo, no busca nada fuera de sí: en sí mismo comienza y en sí mismo acaba, como una especie de círculo del alma. Amo porque amo; amo por amar, sin buscar otra razón, sin pretender otro fin. El principio y el fin del amor es el amor, porque el amor revierte sobre sí mismo. Y si mira otra cosa fuera de sí, degenera respecto de sí y se aparta de la naturaleza del amor genuino.» (214, 1, V, 297-99).

Frente a este amor puro se encuentra nuestro amor. Es imperfecto, sumamente limitado. Amamos para obtener una recompensa. Es un amor manchado por el interés, por lo que se puede obtener a través de él.

«Cuando se ama a Dios únicamente por razón del premio, sin hacerlo por otro motivo, se ama más al galardón que a él. Y este amor mercenario no agrada a Dios. Pero es que ni entre los hombres está bien visto ser amado de esa manera, y a nadie se le tiene por persona grata o por amigo si ama por eso. Este tal no es un amigo, sino un ambicioso; no es un amador sino un ladrón, que bajo la apariencia de una amistad camuflada, intenta despojar al amigo. En realidad, no sólo no es grato este amor, sino hasta odioso: no es amor sino ambición.» (214, 1, V, 297).

Hacia el amor perfecto, puro se llega lentamente, a través de varios escalones o grados ordenados a purificarlo. Santo Tomás, siguiendo a San Bernardo, propone cuatro grados o peldaños que es preciso recorrer para llegar hasta el amor puro de Dios.

El primer grado o punto de partida de nuestro ascenso hacia el amor puro de Dios es el amor a nosotros mismos. Comenzamos por amarnos a nosotros mismos en lugar de amar a Dios. Anclados en el egoísmo, en el individualismo nos amamos más a nosotros mismos que a las personas o las cosas. Amamos a los otros a causa de nosotros mismos. De este amor a sí mismo se parte en el caminar hacia Dios. La realidad concreta de nuestro ser nos lo impone.

El segundo grado es amar a Dios a causa del amor que nos tenemos a nosotros mismos. Amamos a Dios, no por él, sino porque nos amamos a nosotros. Sabemos que sin él no tenemos ni vida ni felicidad posible. Los múltiples problemas y dificultades con los que nos encontramos nos impulsan a dirigir a Dios nuestra súplica para que venga en nuestra ayuda. Amamos a Dios con un amor interesado. Por lo que puede otorgarnos. Por utilidad.

El tercer grado es amar a Dios por él mismo. Realizando la experiencia de su bondad para con nosotros, constatamos su liberalidad, su ternura. Al descubrir y experimentar su bondad terminamos por amarlo por él mismo, por lo que es.

En el cuarto grado llegamos al amor puro. En él nuestro amor está totalmente purificado de todo egoísmo, de todo interés. Nos olvidamos de nosotros mismos para fijar nuestro amor en Dios solo. Este grado de amor no se realiza en este mundo. Se realiza solo en el cielo. Si en esta vida llegamos alguna vez a realizar o a tener su experiencia no es más que por un breve instante.

«Pero este sentimiento no es tan accesible que podamos llegar a él en seguida, sino que poco a poco vamos subiendo hacia el mismo. [...] Así pues, empezamos a amar por nosotros, cuando debimos empezar por Dios [...]. A continuación, ya avanzamos hasta Dios, amándolo a él, no tanto por él como por nosotros, pues sin él sabemos que no podemos ni ser, ni ser felices. De ahí que nuestra necesidad de cada día nos fuerza a buscar su ayuda, a solicitar su protección y a pedirle que nos dé lo necesario para vivir. Por eso, como sin él no podemos mantener lo que amamos, es decir, a nosotros mismos, en consecuencia, forzados por la necesidad, lo amamos a él en atención a nosotros. Pero, al acudir a él con frecuencia, obligados por la necesidad, y al experimentar su benevolencia para con nosotros, sabemos de su generosidad, de su benignidad, de su ternura y de su bondad personal, cuando antes acudíamos a él únicamente como a uno que nos era útil. [...] El cuarto grado de amor, ¿quién lo alcanzará? Es amarnos a nosotros mismos y a todas las cosas solamente por él. Dichoso aquel que ha llegado a tal sublimidad en el amor que, olvidándose de sí y de todas las cosas, y prescindiendo por completo de sí mismo, vive todo él absorto en Dios, por más que esta dicha tan grande no es propia de la vida de aquí, sino de la vida futura. Y si alguna vez llegamos a tocar un instante esta cima, sólo un poquito nos detenemos allí, porque el cuerpo corruptible apesga al alma (Sab 9,15), y a la voluntad que anda por las alturas, la carne impertinente la dobla con su peso hasta lo más bajo, haciendo ruido con mil clamores y turbando aquel sosiego del corazón que por poco tiempo se le había otorgado.» (214, 2-3, V, 299-301).

c) *Amar a Dios por ser Señor*

Hemos de amar a Dios no solo porque es Dios sino igualmente porque es Señor. Decir que es Señor es decir que Dios no solo es creador sino que guía y conduce a todos los seres con suma generosidad. Señor dice referencia

a Providencia. Tenemos que amar a Dios no solo porque es bueno; tenemos que amarle igualmente porque es providente, porque nuestro amor es una deuda de agradecimiento por todo cuanto hace por nosotros.

«En efecto, debemos amar a Dios no sólo porque es Dios, o sea, por sí mismo, con amor absoluto, sino también porque es el Señor, es decir, el que cuida de nosotros, estando en seguida al quite en todo. Y por cierto que esta razón para amar no es la más pequeña, ya que por sus beneficios estamos en deuda de amor con él. Amemos a Dios porque él es bueno, pero amémosle también porque es algo debido.» (214, 4, V, 301-303).

En cuanto Providencia guía y conduce nuestros pasos a lo largo de la vida. No cesa de acompañarnos y de sostenernos en medio de las múltiples dificultades con las que nos encontramos. Amarle es una deuda de agradecimiento que hemos contraído con él. El agradecimiento es algo natural a todos los seres. Solo el hombre es desagradecido. Es preciso que aprenda a ser agradecido, que reconozca todos los bienes que recibe del Señor, que recobre la sensibilidad ante los dones recibidos gratuitamente.

«Solamente la criatura racional –¡oh qué vergüenza, qué mala pasada!– desconoce la gratitud, no paga los favores; sólo ella, mucho más que todos los brutos, se embrutece ante los beneficios.» (214, 5, V, 305).

d) *Amar a Dios porque es nuestro Bien*

Tenemos que amar a Dios igualmente porque es nuestro bien, porque en él encontramos la felicidad.

«Si ni la infinita majestad de Dios, ni un cúmulo tan grande de beneficios te arrastran al amor, tienes un corazón más duro que las mismas rocas y el pedernal. Si no lo amas por ser Dios, ni lo amas por ser el Señor, ámalo al menos por ser tuyo. ¿Quién no ama sus propias cosas? ¡Oh hombre!, amas tu vestimenta, amas tu casa, estás enamorado de tus campos... Ama también a Dios; quíerelo al menos por ser tuyo, porque nada es tan tuyo como tu Dios; más tuyo, te lo aseguro, que tú mismo. [. .] Si no quieres amar a Dios por Dios, ámalo ahora siquiera por ti, pues ¿qué hay más provechoso que el amor de Dios, por

el que vive feliz no sólo aquí sino también en el futuro el que le ama?» (214, 6, V, 307-309).

e) *Amar a Dios porque Él nos ha amado primero*

Tenemos sobre todo que amar a Dios porque él nos ama. Ama quien se siente amado y Dios nos ha amado primero. La expresión más clara de este amor de Dios para con nosotros se encuentra en la cruz. Cristo nos da todo, absolutamente todo hasta quedarse sin nada, hasta morir, y ello porque nos ama. Su muerte es una muerte de amor por nosotros.

«Si todavía no te mueve al amor una ventaja tan a favor tuyo, muévate al menos el amor del que te quiere; porque no hay cosa que incite más a querer, que el sentirse querido (Prov, 8,17). Queremos a los que nos quieren, incluso a los que no lo merecen, sólo porque nos quieren. Sólo con amor se paga el amor. Porque, si a quien te ama le das todo, pero no le das amor, sigues con una deuda pendiente. No con oro, ni con plata, ni con piedras preciosas se paga el amor: tan elevado es su precio; pues oro que proviene de un enemigo, se tiene por barro. Y si dudas de este amor y no sabes hasta qué extremos te quiere Dios, sus testimonios son por demás convincentes (Sal 92,5). Testigo es la cruz, testigos los clavos, testigos sus dolores, testigos los ríos desbordados de su sangre, testigos los horrores de su muerte y todas las amarguras que por ti sufrió. Y todos esos sufrimientos aún le parecían poco, de tanto que te quería (Gn 29,20), pues anhelaba dolores todavía mayores y más abundantes por ti, si posible fuera; tenía sed todavía de más graves y prolongadas angustias por ti.» (214, 7, V, 309-311).

3.3. La regla del amor de Dios: amar a Dios sin medida

La segunda parte del tratado está dedicada a explicar la segunda parte del mandamiento del Señor: *Amarás con todo tu corazón, con toda tu alma con todo tu espíritu*, es decir a la regla o medida del amor al Señor.

«Hasta aquí hemos hablado de las razones que nos obligan a amar a Dios; ahora vamos a hablar con brevedad del modo como debemos amarle, al que se alude en la segunda parte del enunciado con estas pa-

labras: Con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. O sea, todo lo que puedas y poniendo todo tu empeño.» (214, 8, V, 311).

San Bernardo afirma que la medida de amar a Dios es amarlo sin medida (De diligendo Deo, 1, 1). Pero amar a Dios sin medida es imposible para el hombre, porque el hombre es un ser finito. Todo en él tiene límite y media. Para amar sin medida, sin límite es preciso ser infinito como Dios es infinito.

«Nadie puede amarlo hasta ese punto, excepto él a sí mismo, ni tampoco alabarlo. Sólo a él se tributa el amor debido, porque su amor es infinito, lo mismo que su grandeza.» (214, 8, V, 313).

Amar sin medida es por lo mismo más un ideal al que se tiende que una posibilidad real. La finalidad del ideal es incitarnos e invitarnos a ir cada vez más lejos en el amor de Dios. El ideal en lugar de bloquear el camino hacia el amor, lo excita e incita, le otorga y da nuevas fuerzas.

«Así pues, si no puedes llegar a alabarlo como es debido, no ceses en la alabanza; si no puedes amarlo como debes, ámalo cuanto puedas, pues no es de temer que nadie se pase en el amor cuando la gloria y excelencia del amado supera las posibilidades y el poder del amante y si la facundia del que alaba es superada por la fuerza y el mérito del alabado.» (214, 8, V, 313).

Ciertamente quien ama sin medida es Dios. Pero el Señor ha dicho: «Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto» (Mt 5, 48). La perfección del amor es, por lo mismo, amar sin límite. Pero no se puede olvidar que el hombre es imagen de Dios y la perfección de la imagen consiste en su grado de aproximación al modelo. El amor será tanto más perfecto cuanto más se libere de sus límites y se acerque a Dios.

«Amémosle, por tanto, sin tasa ni medida, porque así nos ha amado él, pues el que *todo lo hizo con peso, número y medida* (Sab 11,21), en el amar no tuvo límite ni medida. Sólo en esto se pasó Dios, pasó los justos límites, excedió todo lo razonable, todo lo imaginable, y el que siempre, desde el principio, se mantuvo en todo dentro de unos límites, en esto no quiso moderarse y se pasó exageradamente de la raya.» (214, 8, V, 313).

Amar a Dios con un amor puro, sin límite alguno. A esto nos invita su mandamiento. Pero Dios no puede mandar algo imposible. El problema consiste, por consiguiente, en saber cómo se puede amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente. Amar a Dios con todo el corazón es amarlo sin compartir este amor con otras cosas o personas. Es un amor puro, íntegro, no compartido.

«La misma partición del corazón es ya en cierto modo la muerte del alma, pues igual que el cuerpo dividido en sí mismo no tiene vida, tampoco el alma.» (214, 9, V, 315).

Amar a Dios con todo el corazón quiere decir, por lo mismo, que Dios es el único y solo a quien se ama. Todo lo restante es amado por él. Dios ocupa el centro del amor. Él es el centro de toda atención e interés.

«Puede entenderse también esta totalidad en el sentido de que se ame solamente a Dios y ninguna otra cosa más si no es por él y en relación a él, que en él solo recaiga toda la entrega del amor, y que el alma no se entretenga en otros amores entre las criaturas, porque “Oh Señor, menos ama quien ama alguna otra cosa, y no la ama por ti” (San Agustín). Es ésta la manera de amar de los perfectos, cuyo único anhelo es dedicarse a Dios y prepararle para él solo una morada limpia y desocupada en el alma.» (214, 9, V, 315).

Amar a Dios con todo el corazón se puede entender igualmente en un sentido pasivo. En dicho caso Dios absorbe total e íntegramente nuestro espíritu, nuestro corazón. No se vive más que en él y desde él.

«Todo pensamiento, todo apego, todo deseo y toda la potencia del alma estén anegados por completo en Dios, y Dios sea amado por nosotros con toda la fuerza de la mente.» (214, 9, V, 315).

Siguiendo a San Bernardo Santo Tomás expone algunas de las características de este amor de Dios. Y tres son las características que le asigna: dulce, prudente, fuerte.

«En otro sentido, Dios debe también ser amado por nosotros de tres maneras según palabras de Bernardo: tierna, prudente, fuertemente. Tiernamente: quiere decir, afectuosamente, ardorosamente, no vaya a

ser que el espíritu, atraído por el placer de las cosas sensibles, se deje llevar a lo prohibido. Prudentemente, para que no le ocurra que, al ir aprisa, se pringue tontamente su pie con alguna cosa. Fuertemente, o sea, con perseverancia, que no se quede otra vez sentado, vencido por las dificultades.» (314, 9, V, 317).

La expresión más clara de Dios es su amor. Por consiguiente es preciso ir más allá de toda veneración, alabanza y admiración. Es necesario imitarlo, llegar a ser amor como Él es amor.

«Así fue el amor de los mártires, que, unidos a Cristo el Señor con una fuerte soldadura, podían ciertamente romperse, pero nunca disgregarse; podían ser matados, pero no separados.» (214, 10, V, 318).

El problema que se le plantea a Santo Tomás es cómo llegar amar a Dios como él nos lo pide, es decir, con todo el corazón o sencillamente como le amaron los mártires.

Como punto de partida es preciso afirmar que el amor de Dios es un don total y absolutamente gratuito. El hombre por sus propias fuerzas no puede obtenerlo. El amor no se gana ni se compra ni se aprende, única y exclusivamente se recibe.

«Por eso y según hemos prometido, debemos ahora mostrar el camino por el que podamos llegar a él, advirtiendo de antemano que el amor de Dios no se puede adquirir con el estudio, o con la habilidad, o el esfuerzo del hombre, ni con el empeño solo, sino que es dado gratuitamente por el mismo Dios. Es un don de Dios y una gracia sobre toda gracia. Se alcanza con lágrimas y súplicas, no se consigue por nuestras fuerzas. No se enseña, sino que se infunde. No se aprende, sino que se recibe gratis de arriba. Cierto, los que lo buscan lo encuentran, pero no por el hecho de buscarlo sino porque se regala; no por indagación del que lo busca sino por gracia del que lo concede.» (214, 11, V, 321).

Para acoger o recibir este amor como don de Dios se necesitan ciertas disposiciones, una determinada preparación.

La primera de estas disposiciones es la pureza del corazón. El amor de Dios habita en el corazón. Para acogerlo es necesario prepararle una morada. Nuestro corazón con frecuencia, con suma frecuencia está

habitado por inquietudes, problemas y deseos y allí donde hay lugar para todo o para todos no hay lugar para el Señor. Se necesita, por consiguiente, prepararle una morada en el corazón, limpiar el corazón. Es la primera de las condiciones para acoger el amor de Dios.

«En primer lugar, está la pureza de corazón, la cual sobre todo nos hace idóneos y nos capacita para recibir este don más que celestial. Pues una bebida tan pura y valiosa no se escancia en un vaso inmundo y manchado. Por lo cual, siguiendo las palabras del Profeta (Sal 76,7), debemos barrer de nuestro interior todo polvo de la tierra, para que pueda dar cabida a tan excelente licor. *Purificad, pues, vuestros corazones, hombres de alma dividida* (Sant 4,8), si es que queréis enriqueceros con este afecto. Purificaos, repito, no solamente de todas las heces de la impureza que mancha y de todo contacto con la culpa que contamina, sino también de todo el estrépito de afanes que os reclaman, y de todo apego a preocupaciones que os distraen, y de toda doblez y engaño, y de todo desasosiego y divagación del espíritu que os descentra; dejad libre y vacía para el Espíritu la copa del corazón, y pedidle con todo fervor que tenga a bien habitar en él.» (314, 11, V, 321).

La segunda de las disposiciones es dirigir nuestras súplicas al Señor pidiéndole que nos otorgue la gracia de amarle. Pero esta súplica solo será verdadera si es expresión de un deseo profundo de amar a Dios.

«Es también eficaz para conseguir el amor, un deseo vivo de él y la constante petición ante el Señor, como está escrito: *Abri la boca, y tomé aliento* (Sal 118,131). La boca es el deseo del corazón; la abre al amor el hombre cuando desea con extraordinarias ganas, pues a los indiferentes y a los que lo menosprecian, no les da Dios el espíritu de su amor, ni echa sus perlas a los cerdos que las pisotean (Mt 7,6).» (214, 12, V, 323).

La tercera disposición es la mortificación o el dominio de las pasiones del cuerpo. Obsesionan, acaparan todo el espíritu y no dejan ver a Dios. Son como nubarrones que impiden ver el sol. Y si no se ve la acción de Dios no se siente el deseo de amarlo. El corazón vivirá en la indiferencia.

«Existe todavía otra preparación del espíritu para el amor, a saber: la mortificación de las pasiones carnales, pues mientras estos apetitos de la carne tengan fuerza en el alma, ahogan, como se ha dicho, el

Espíritu de Dios, y cual si se tratara de tupidas nieblas, y de nubes, y de torbellinos, lo oscurecen para que no brille en su serena claridad.» (214, 12, V, 323).

La cuarta disposición, y quizás la más importante, es el amor al prójimo. San Juan dice: «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve.» (1 Jn 4, 20). En realidad estamos tan cerca de Dios como de las personas con quienes vivimos. Si no sentimos su presencia, no sentiremos la presencia de Dios.

«Ayuda también al amor de Dios, amar antes al prójimo, porque el amor al prójimo es como un paso para el amor de Dios, y lo introduce en el alma como la seda a un hilo. Estoy hablando del amor de caridad, no del de vanidad, que éste, más que ayuda al hombre, lo aparta del amor de Dios. Por tanto, hay que amar a Dios en el prójimo, para luego llegar a quererlo en sí mismo; por medio del prójimo tenemos que subir hasta Dios.» (314, 12, V, 323).

Pero el amor de Dios no es suficiente el recibirlo o acogerlo en el corazón, es preciso igualmente conservarlo, mantenerlo. Y se mantiene como se mantiene una lámpara encendida, echándole de cuando en cuando aceite. El aceite que mantiene el fuego del amor de Dios es la meditación, la oración, los ejercicios espirituales.

«Así pues, cada uno de nosotros pondrá el máximo cuidado en que, escuchando la palabra de Dios, no falte nunca delante de él este fuego sagrado en el altar de nuestro corazón, alimentando por la mañana y por la noche y a mediodía, sin interrupción y siempre, el mismo fuego con meditaciones santas, con lecturas, oraciones, charlas y prácticas, no vaya a llegar el Esposo a la hora que menos pensamos y, apagada la lámpara por falta de aceite, nos veamos excluidos de su eterna compañía y tengamos que oír aquella terrible palabra: *No os conozco* (Mt 25,12). Por lo cual, si alguno cree tener una lámpara, mire que no le falte el aceite en la alcuza, pues también el profeta Zacarías, en aquella santa revelación, junto con las siete lámparas vio también los siete tubos de las mismas, a través de los cuales se les avivaba el fuego para que no se apagara (Zac 4,2ss).» (314, 13, V, 325).

* * *

El ideal no bloquea el camino hacia el amor, lo excita e incita, le da nuevas fuerzas. No es un muro sino un camino que invita a caminar. Cristo se ha hecho Camino y no cesa de decir: *Ven, sígueme*, y otorga su gracia, su fuerza para caminar hacia el Padre con él.

«Me mandas, Señor, que te ame. Es más, Señor: si me mandaras lo contrario, que no te amase, no lo podría cumplir; aunque con mil infiernos me amenazaras por amarte, yo no renunciaría a tu amor.» (207, 10, V, 200).

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA